

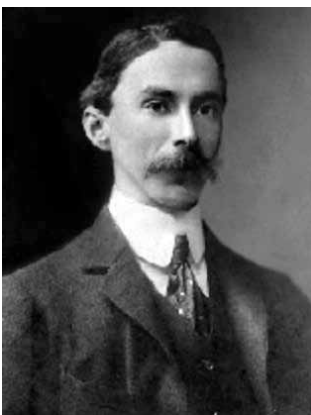
Retrato del indolente egoísta



Paul Lafargue



Joseph von Eichendorff,
Vida de un ocioso



Bertrand Russell,
Elogio de la ociosidad

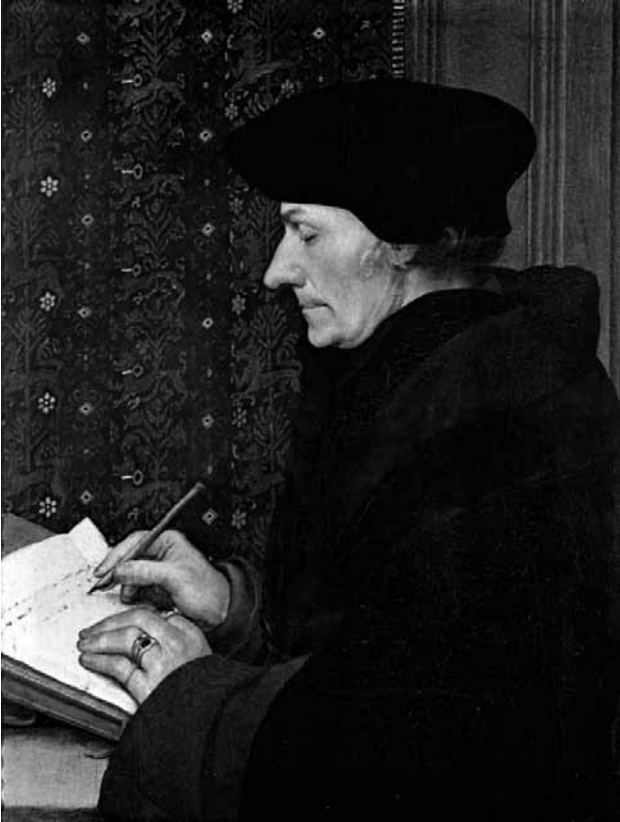
Ramón Castillo

¿Y para qué, Dios mío, tantos afanes?
Robert Louis Stevenson

NACÍ CON ANTICIPACIÓN Y POR ELLO ESTUVE ATRAPADO, supongo que como castigo a mi precocidad, en una incubadora. El encierro duró casi un mes. Dijeron los doctores que el objetivo terapéutico era la maduración, algo que hasta ahora muchos indicios de mi personalidad se esfuerzan en desmentir como cumplido. Uno de los efectos de esta reposada estadía fue que la parte posterior de mi cabeza se adecuó a la forma del colchón. Es decir, quedó ligera pero notablemente plana.

Al parecer, el modelado se debió a que permanecí en la cómoda postura durante los treinta y tantos días de mi tibia distensión. No me quejo de esta sutil diferencia anatómica, aunque admito que no han sido pocas las ocasiones de burla a sus expensas; sin embargo, el regocijo que hallo en la explicación que me doy de esta anomalía es, siguiendo a Freud, que la infancia, en efecto, es destino. O, en otras palabras, dicha particularidad vino aparejada con la inclinación de que a la postre me hiciera afecto a los placeres propios de la cama y, por extensión y cercanía, a los de la mesa y la tumbona. Es pues la mía una ética de la comodidad y el regocijo, la fiaca y el ocio, la inacción pendenciera y silenciosa —y, a veces, también licenciosa—.

Esta revelación a partir de la fisonomía propia al parecer fue lo que empujó mi gusto hacia aquellas actividades que fomentan laxitud frente a todas esas otras de naturaleza desaforada y monetariamente productiva. Al



Retrato de Erasmo de Rotterdam, Hans Holbein, 1523

igual que Bertrand Russell, en su *Elogio de la ociosidad*, yo también creo que uno no debe de trabajar más de cuatro horas al día. El hombre civilizado debe ser, por fuerza, un ser ocioso.

Pero aceptar, de manera casi filosófica el sino impuesto o descubierto, para el caso hay que decir ineludible, tampoco fue fácil. A pesar de todo, hubo una época en que añoré ser ese tipo activo, aventurero y fornido que enloquecía a las mujeres con su exuberante personalidad, conquistaba el respeto de sus colegas por su arrojo, la admiración de la sociedad por su talento. Quise seguir el célebre *Heming-way-of-live* pero me di cuenta que a lo mucho sólo me quedaba el consuelo de parecerme a un Woody Allen con sobrepeso, a un Groucho sin bigote ni gracia, a un oficinista que celebra con cinismo el resplandor opaco de una existencia más corriente que común.

Al no ser apto para los deportes o la vida ruda y al aire libre, descubrí que me encuentro más cómodo entre los placeres autoinflingidos. Me solazo en la quietud de un monólogo en el cual lo más importante

es lanzar diatribas contra todo y todos mientras suelto felices carcajadas. El misántropo, una variante del ocioso, es un hombre de fina inteligencia así como de abundante rectitud moral, ahí están los oligofrénicos optimistas y miembros de la secta del amor al prójimo para confirmar que aquel que no siente desprecio por varios de sus coetáneos es francamente un imbécil.

Enrique Vila-Matas recuerda en su *Dietario Voluble* una frase de Cioran en la que asegura que toda persona decente debe sentir odio por, al menos, un cincuenta por ciento de sus contemporáneos, el español piensa, y lo secundo en eso, que el aforista oriundo de Transilvania se quedó corto. Se deduce, pues, que las labores en equipo me han resultado más una imposición de índole social que una verdadera alternativa para la vida diaria. Por tal razón prefiero la escritura y la vagancia a la cooperación y la lluvia de ideas.

Nada como apoltronarse y dejar que pasen las horas gozando de cualquier pensamiento cuya fútil realidad sea, por su intrascendencia, más placentera que cualquier sesuda perorata. Al igual que Jorge Ibargüengoitia hacía desde su estudio, disfruto tomar asiento en los parques para ver cómo pasa la delicada juventud de las muchachas. Nereidas que viajan en metro o en camión a la escuela o tal vez a su trabajo; nenúfares lozanos y fragantes que se deslizan sobre la grosería del pavimento pletóricas de sí, e incluso, ocasionalmente, hasta indiferentes de su desbordada perfección. Estas últimas son las más hermosas por cuanto abona la inocencia a la lujuria del esteta.

Pero entre los demás placeres solitarios, hay uno que pese a la imagen plácida, repetitiva y estereotípica oculta una dinámica que desprecia al mundo. Cualquiera aficionado a la lectura está haciendo, con su gesto de hundir la mirada entre las pastas de un libro, una declaración en la que afirma con insolente entereza: "He preferido zambullirme en un universo paralelo y autosuficiente que convivir con todos ustedes". Por tal razón concibo a la lectura como un ejercicio de inconformes e inquietos, nunca de pasivos rumiantes de la realidad objetiva.



"Los necios van a los Campos Eliseos para deleitar allí a las almas ociosas". *Elogio de la locura*

En la introversión de la lectura no hay necesidad de clamar por atenciones, tampoco por generar simpatías cuando uno tiene un mundo entre las manos. Uno solo es feliz consigo mismo y lo que hace. La vida del egocéntrico, porque los buenos lectores lo son, es simple ya que todo aquello que necesita está siempre con él. El estupor de Agustín de Hipona frente a Ambrosio de Milán, quien leía en silencio cuando tal práctica aún no era común, es prueba de tal consideración. El filósofo escolástico no podía creer el portento de la lectura para sí que en ese momento su maestro hacía sino que, además, observaba pasmado que su mentor no estaba, estando, ahí.

Pero también hay placeres que no por egoístas debamos necesariamente de hacer solos. Como escribía Nietzsche a un amigo, no renunciamos a la soledad al estar con otros, sólo la acompañamos con soledades ajenas. El ocio, la soledad compartida, el individualismo ególatra también, aunque no lo parezca, se comparten y se recrean en la cómplice reunión de temperamentos y ociosidades particulares. Creo que la amistad auténtica radica en la soberanía de la individualidad y no en la disolución del carácter dentro del colectivo.

Útil, sin lugar a dudas, para los menesteres propios del ocio en compañía es la cama, por aquello de que los verdaderos amigos se conocen ahí o en la cárcel. De

cualquier forma, ese espacio en donde vemos pasar los primeros y últimos momentos de nuestra existencia, que de igual forma es la arena de interminables dramas así como de inauditas delectaciones, es acaso la tierra prometida para cualquier desocupado. Una de aquellas frases que con mayor acierto habla de ese gusto por ir acompañado al lecho es de Cabrera Infante, quien dijo: "a mí los libros, como a las mujeres, me gusta llevarlos a la cama". La idea es tan afable como cierta, hay quienes tenemos esa debilidad por leer a todas horas.

Cabe aclarar que en cualquier lugar y con quien sea, perder el tiempo no es lo mismo que ser ocioso. Perder el tiempo es un reproche utilitarista y mentecato; por el contrario, el arte de hacer sin hacer nada es propio para sensibilidades dadas a escaparse de la iglesia, declararse enfermo para no ir al trabajo o decir que el perro se comió la tarea. Sin embargo, es necesario hacer precisiones, sutilezas que no debemos dejar escapar. Perder el tiempo es, bajo el microscopio de Bertrand Russell, permanecer inútil; es decir, la ociosidad no está reñida con la acción sino con el patético esnobismo de no tener gracia alguna.

El ocio puede ser diligente, sí, pero también será siempre creativo y juguetón; el ocio, llana e irónicamente, enriquece sin enriquecer, al menos en un sentido monetario. Russell desliza la idea de que el ocio está relacionado más con la educación y la cultura, situado en contraparte a la devoción capitalista al dinero, al trabajo desmesurado y repetitivo. Un síntoma de que vivimos en una época decadente es que sólo en estos tiempos es posible ser adicto, entre otras cosas, al trabajo. No tenemos ni merecemos futuro al contemplar dicha perspectiva.

Por ello, estoy firmemente convencido de que la guerra de guerrillas contra el sistema encuentra su correlato en el simple acto de ponerse a leer en horas laborales; transgredir el culto a la eficiencia comienza

por negarse a perder la vida dentro de una oficina, un taller, fábrica o tienda de ropa. La lectura es un portal que deviene salvavidas.

Robert Louis Stevenson define con claridad la naturaleza a contracorriente del ocio, es decir, ser ocioso es permanecer ajeno a los dictados de la clase dominante. De ahí que los reproches por no hacer nada sean dirigidos casi siempre por aquellos que si no gastan su tiempo dedicándose “furiosamente a hacer dinero” entran en un “estado de coma”.

La ociosidad, pienso, es un axioma necesario para escribir, pero creo que es todavía más útil si uno se pretende ensayista. La adoxografía, ese tipo de ensayo que se niega a celebrar lo celebrable, por poner un ejemplo, es una forma de delectación a la que únicamente los curiosos que viven ajenos a horarios y fechas de calendarios tienen acceso. El adoxógrafo hace arte al celebrar la inutilidad de algo llenándolo de loas, dejando pasar el tiempo en nimiedades, en festejos ínfimos para aquellos asuntos que los hombres industrioses miran con desdén. No obstante, esos textos sólo confirman que “aquello que hacemos por placer es más benéfico que lo que hacemos por obligación”, para recordar de nuevo al Stevenson de *Apología del ocio*. De hecho, este último ensayo es, junto con *El asesinato considerado como una de las bellas artes*, de De Quincey; *El placer de odiar*, de Hazlitt; *Una modesta propuesta*, de Swift; entre otras joyas, ejemplo precioso de la gala ensayística.

Defiendo la idea de que la perfección se puede lograr mediante el juego que acerca la ociosidad. Por supuesto, es fundamental esforzarse en la faena, pero nunca renunciar a obtener diversión de lo que se hace. Hay una diferencia sustancial y grave entre la enfermiza visión del escritor mortificado y aquella otra del que, no teniendo nada que perder, otorga preeminencia a su solitaria satisfacción.

El crítico literario inglés V.S. Pritchett recuerda que George Bernard Shaw “padecía la adicción irlandesa a las palabras y la adicción puritana al trabajo”. Como consecuencia de una afirmación como esta, entonces pienso que el ocioso es el antónimo del creyente, la ociosidad tiene espíritu de infiel, un gracioso gesto de ateísmo en su sonrisa. A partir de ahí se explica que los grandes goces sean fruto de la dilación y la indolencia, condenadas con furor a los infiernos; a partir de ahí es comprensible que la vacuidad existencial de los idólatras deba ser satisfecha con interminables ocupaciones.

Creo, sin temblor ni temor, que el egoísmo, la ociosidad y la misantropía son ramificaciones de un mismo tronco, uno que se sostiene gracias a la delectación vital. Uno que se niega a perder la sonrisa a pesar de la amargura de vivir en un mundo como este. La alegría máxima, dijo el alemán, consiste en decirle sí a la vida en todo momento. De ahí que, como Stevenson, me adhiero a la idea de que “si una persona sólo puede ser feliz permaneciendo ociosa, ociosa debe permanecer”.

El imperativo es simple, *vita humana lusus*, la vida es juego. El ocio es el campo donde se juega ese entretenimiento adulto en el que las reglas están hechas nada más para obtener placer, sosiego y catarsis. ▀

Paul Lafargue, *El derecho a la pereza*

